CAZORLA

ERA un pueblo de Andalucía
postrado en medio de unos montes;
con una sierra y con un río
que sorteaba los ciclones;
donde las casas sumergían
raíces de patria y de horizonte,
dependiendo de cada nube
los días festivos para el hombre.

Una voz nueva en cada fuente,
un timbre viejo en cada bronce,
y en los pechos de las muchachas
picotazos de girasoles.

Una plaza, otra plaza, el cine,
el casino, la ermita, el coche
de línea, y cualquier alma en pena
vagabunda quién sabe adónde.

Del estéril pasado en vela
el tiempo y el dolor disponen;
lo que aún perdura de ilusión
el recuerdo lo descompone,
mientras, sonámbula y descalza,
la muerte abona su estrambote.

Se fugaron fechas y pájaros.
El destino tiene otro nombre.
Hoy titubea el corazón
entre el mañana y el entonces.

Una costilla era del Sur
con un cielo sin aviones;
todos los días diferentes,
semejantes todas las noches.
El pozo, el cántaro, la piedra;
la flor, el nido, los faroles...

Allí emigrara una esperanza
que regresó hecha polvo y pobre.



JOAQUÍN CARO ROMERO